Domingo 6 marzo 2022
El Evangelio del Domingo Cuaresma 1C

Lc 4,1-13
Hagase tu voluntad y no la mía

El Evangelio de este Domingo I de Cuaresma nos presenta el episodio de los cuarenta días que Jesús pasó en el desierto, después de su Bautismo en el río Jordán, y de las tentaciones a que fue sometido en esos días: «Jesús, lleno del Espíritu Santo, se volvió del Jordán y era conducido por el Espíritu Santo en el desierto durante cuarenta días, tentado por el diablo. Y no comió nada en aquellos días». Esta noticia, que nos transmiten con pequeñas variantes del tres Evangelios Sinópticos, está en el origen de nuestro tiempo litúrgico de la Cuaresma. Por eso, el relato de las tentaciones que sufrió Jesús en el desierto es el Evangelio propio del Domingo I de Cuaresma en los tres ciclos de lecturas. Este año lo leemos en la versión de Lucas.

Es significativa la descripción de Jesús que hace Lucas: «Lleno del Espíritu Santo». El lector del Evangelio de Lucas ya ha visto lo que significa estar lleno del Espíritu Santo. Así explica la singular misión de Juan el Bautista, tal como fue anunciado a su padre Zacarías en el templo: «Estará lleno del Espíritu Santo desde el seno de su madre» (Lc 1,15); así explica la concepción virginal del Hijo de Dios en el seno de María: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra» (Lc 1,35); así se explica que Isabel salude a María como la Madre de Dios: «Isabel quedó llena del Espíritu Santo y, exclamando a gran voz, dijo: “Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre y ¿de dónde a mí que la Madre de mi Señor venga a mí?”» (Lc 1,41-43); así se explica que Zacarías profetice que Dios ha salvado a su pueblo: «Zacarías… quedó lleno de Espíritu Santo, y profetizó diciendo: “Bendito el Señor Dios de Israel porque… nos ha suscitado una fuerza de salvación en la casa de David, su siervo”» (Lc 1,67-69); así se explica que el anciano Simeón declare al Niño Jesús como «la Salvación de Dios»: « Había en Jerusalén un hombre llamado Simeón… estaba en él el Espíritu Santo… Tomó al Niño en sus brazos y bendijo a Dios diciendo: “Ahora, Señor, puedes… dejar que tu siervo se vaya en paz; porque han visto mis ojos tu Salvación”» (Lc 2,25.28.29.30).

Juan el Bautista, la Virgen María, Isabel, Zacarías y Simeón son personas humanas. En ellos vemos que la persona humana puede estar llena del Espíritu Santo; más aun, debe estar llena del Espíritu Santo para cumplir la misión que

Dios le tiene asignada en este mundo, como ocurrió con esas personas. También Jesús, en cuanto es verdadero hombre, está «lleno del Espíritu Santo»; pero Él supera infinitamente a todos los demás, en cuanto que, como verdadero Dios, Él es quien comunica el Espíritu Santo, diferencia que establece Juan el Bautista: «Yo los bautizo con agua… Él los bautizará con Espíritu Santo» (cf. Lc 3,16).

Durante esos cuarenta días, Jesús va a ser tentado por el diablo. Nosotros, en general, consideramos la tentación, como algo negativo y pedimos a Dios, nuestro Padre, que no nos ponga en esa situación: «No nos introduzcas en la prueba (tentación)». (En griego la misma palabra «peirasmós» se traduce, según el contexto, por «prueba» o por «tentación»). Esa petición es un humilde reconocimiento de nuestra debilidad y de nuestro temor de sucumbir. Pero, en realidad, la prueba es un don de Dios, como lo afirma Santiago en su carta: «Consideren como un gran gozo, hermanos míos, el estar rodeados por toda clase de pruebas (peirasmós),… ¡Dichoso el hombre que soporta la prueba (peirasmós)! Habiendo sido probado, recibirá la corona de la vida que ha prometido el Señor a quienes lo aman» (Sant 1,2.12). Esto se cumple en modo supremo en Jesús, sobre quien leemos: «Acabada toda tentación (peirasmós), el diablo se alejó de Él, hasta el tiempo oportuno». ¿Cuál es ese momento? Es el de la prueba suprema de la pasión y muerte de Jesús, cuando reaparecerá Satanás. En la última cena con sus discípulos, Jesús indica quién de ellos lo iba a entregar dando un bocado a Judas Iscariote: «Tras el bocado, entró en él Satanás. Jesús le dice: “Lo que vas a hacer, hazlo pronto”». Jesús está deseoso de enfrentar la prueba suprema para que, venciendo, obtuviera para nosotros la «corona de la vida».

«Acabada toda tentación el diablo se alejó». En las tres tentaciones que soportó Jesús se encierra toda tentación. Dos de las tentaciones las introduce el diablo diciendole: «Si eres Hijo de Dios…». A ninguno de nosotros nos ha asaltado alguna vez la tentación de «convertir una piedra en pan», porque esto lo puede hacer solamente Dios. Es la misma tentación a la que fue sometido en la cruz: «Si eres Hijo de Dios, baja de la cruz» (Mt 27,40). En el primer caso, si Jesús hubiera cedido a esa tentación –cosa imposible– habría contradicho la encarnación y su condición de verdadero hombre que sufre el hambre. Asimismo, si hubiera cedido a la tentación de bajar de la cruz, habría renunciado a salvar al género humano, pues quien debía ofrecer reparación por el pecado del ser humano, ofreciendose en sacrificio, tenía que ser un

hombre, como nosotros. La primera de las tres tentaciones consistía, entonces, en rechazar la voluntad de Dios, para satisfacer la propia voluntad, que en ese momento era saciar el hambre, después de cuarenta días de ayuno.

En la segunda tentación el diablo ofrece a Jesús «el poder y la gloria de todos los reinos de la tierra». Agrega: «Porque a mí ha sido dado y yo lo doy a quien quiero». El afán de poder de este mundo es una gran tentación que asalta los que gobiernan las naciones. Precisamente, en estos días estamos viendo que ese afán no se detiene, ni siquiera ante la destrucción de ciudades, ni ante la muerte de ancianos y niños inocentes. El diablo asegura que ese poder sobre las naciones ha sido dado a él, porque para obtenerlo hay que ceder a engaños, guerras, crímenes y oscuros manejos, que son las armas del diablo. Por eso, la condición es usar esos mismos medios: «Si me adoras, todo ese poder será tuyo». Jesús rechaza la tentación de usar esas armas citando la Palabra de Dios: «Esta escrito: Adorarás al Señor tu Dios y sólo a él darás culto». El arma de Dios es el amor y su voluntad es que el ser humano goce de vida plena.

En la tercera tentación el diablo vuelve sobre la filiación divina de Jesús. Puesto sobre el alero del templo le dijo: «Si eres Hijo de Dios, tirate de aquí abajo». Es la ostentación de la propia santidad: «Está escrito: “A sus ángeles te encomendará para que te guarden”». Obedecer la sugerencia del diablo habría sido poner a prueba (tentar) a Dios obligandolo a cumplir esa escritura. Por eso, Jesús rechaza la tentación citando la misma Escritura: «Está dicho: No pondrás a prueba (tentarás) al Señor tu Dios». Esta es la tentación con la que muchos justifican su autosuficiencia, diciendo: «No creo en Dios, porque no nos libra de la pandemia… no nos libra de la guerra…». Todos estos males los sufre la humanidad, porque no seguimos el ejemplo de Jesús y cedimos a la tentación de los placeres de este mundo, al afán de poder, al orgullo. El tiempo de Cuaresma nos pone ante los ojos los cuarenta días en que Jesús soportó la tentación para que nosotros aprendamos de Él a vencer y cumplir siempre y en todo la voluntad de Dios.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo de Santa María de los Ángeles